

314
tad. ¿Y qué medio, en fin, se había de tomar de satisfacer al papa del modo que parecía que pedía la satisfacción, sin destruir ó alterar lo que se había establecido por el clero de Francia, confirmado por un decreto del rey, consumado por el registro de todos los tribunales, admitido y suscrito en todas las universidades; y en una palabra, reconocido en Francia como otras tantas verdades de que no se puede desistir sin faltar á los intereses mas sagrados del rey y de la nacion? Pero los cardenales de Estrees y de Genson, encargados por el rey de trabajar en el ajuste, fueron muy diestros para quitar este obstáculo sin tocar á lo que había hecho, y el papa tuvo la prudencia de aprobar el medio que le propusieron, y era, que los eclesiásticos nombrados para los obispados desde 1682, y que habían contribuido como diputados de segundo orden á lo que había pasado en la junta del clero de este año, escribirían á Inocencio XIII. una carta de sumision, en que le expresasen el sentimiento y dolor que tenían de haber tenido parte en una cosa que había desagradado á su Santidad. Esta disposicion, acordada entre el papa y los dos cardenales mediadores, se executó puntualmente por todos los que debían recoger el fruto de ella. Escribieron al papa cada uno en particular una misma carta, que no tuvieron mas que copiar y firmar, porque todo se había reglado; hasta en los términos en que debía estar concebida. El papa se mostró satisfecho, y se expidieron las bulas, y de este modo las diferencias que se habían suscitado entre la corte de Roma y la de Francia se terminaron felizmente por un expediente en que no se comprometían, ni el papa, ni el rey, ni el clero, y en que hallaban su ventaja todas las partes interesadas. Se miró en Roma la carta de los obispos nombrados como una retractacion de lo que se había hecho en 1682 contra las miras y las pretensiones del papa; pero en Francia no se consideró de este modo, sino como un proceder de algunos particulares que tenían razones propias, y un interes personal de tomar este medio para obtener lo que se le negaba. Lo cierto es, que en quanto á la regalia quedaron las cosas en el pie en que se habían puesto por el edicto de 1673, é interpretado y modificado por el de 1682, sin que despues se hubiese hecho la menor mudanza so-

bre este objeto: y que respecto de los quatro artículos no ha escrito jamas en cuerpo el clero de Francia, ni enseñado cosa alguna que pudiese pasar por desaprobacion, de suerte, que las máximas consagradas por la declaracion de 1682 se han seguido siempre en el reyno con aplauso de todas las órdenes que la componen.

ARTÍCULO XI.

Historia del Quietismo, su origen, sus progresos, y de su condenacion.

Desde los primeros tiempos del christianismo se descubrieron en la Iglesia devotos falsos, que formándose una idea quimérica de la perfeccion, y desdefiéndose de la doctrina de los varones apostólicos, tan simples en sus máximas como en sus costumbres y en su conducta, se abrieron nuevos caminos para llegar mas seguramente á Dios, y estrechase mas intimamente con él. Tales fueron los Gnósticos, los Carpocratianos, los Valentianinos, los Montanistas, y otros muchos, cuyos errores, delirios y ridiculeces extravagantes nos han dado á conocer los escritores eclesiásticos de aquellos tiempos remotos, baxo el especioso exterior de una vida mas santa y de una virtud mas sublime que los demas christianos de los siglos felices, que limitando su ambicion á seguir las pisadas y espíritu de Jesu-christo, miraban como un camino de extravío todo lo que no es conforme á las máximas del Evangelio, y se abandonaron á las acciones mas infames. Parece que ya desde el tiempo de los Apóstoles había estos pretendidos perfectos entre los christianos, y que para reducirlos á las vias comunes, exhortaba san Pablo á los fieles de Roma á que no aspirasen á las cosas elevadas, á no seguir la vana fantasma de una falsa sabiduría, ántes bien siguiesen en la práctica de la virtud las reglas de la prudencia y moderacion.

Hemos hablado de los Hesicastas del siglo IV. y del XI., hereges de aquel tiempo, á quienes los autores griegos nos pintan como hombres encalabrados de una falsa espiritualidad, no ménos extravagantes en sus principios y en sus escritos, que en su conducta, y muy semejantes por estos dos puntos á los Quietistas modernos.

Hemos dado tambien á conocer los del siglo XIV., que todavia llevaron mas adelante la locura y capricho. La mayor parte eran monges y solitarios, que habian hecho del entusiasmo una especie de arte que enseñaban, y en que el número prodigioso de los discipulos que se les habian allegado hacia progresos mas ó ménos considerables, al paso que tenian mas ó ménos calor en la imaginacion, y flexibilidad en los órganos. Estos fanáticos adquirieron sequaces en todos los estados, desde los príncipes, los ministros, y los grandes de la corte, hasta los artesanos, los soldados, y el pueblo baxo. No hubo jamas epidemia de esta especie que se hubiese extendido con tanta rapidéz. Llenaron á Constantinopla de confusion y tambien de homicidios, porque se volvieron furiosos y sanguinarios: corrían por las calles dando grandes gritos, y haciendo gestos horribles: se arrojaban sobre todos los que no participaban de su delirio, y los exterminaban quando los sobrepujaban en fuerzas. Y lo que prueba quán formidable es la locura del fanatismo, quán semejante á la rabia, si no es mas cruel; estas horrosas escenas desolaban la ciudad imperial, al tiempo que los turcos, dueños de todo el país de la circunferencia, rompian sus muros por todas partes, y que Mahomet II. estaba pronto á quitar á los príncipes griegos estas últimas reliquias de su antiguo poder.

Al mismo tiempo poco mas ó ménos se descubrieron en el occidente, y se señalaron por los mismos desórdenes, unos sectarios animados del mismo espíritu, con el nombre de begnards, que ellos se dieron á sí mismos para distinguirse de otras compañías, cuyo fin era dirigitse ellos á la perfeccion del christianismo, y anunciar que habian llegado á ella. No tenian cabezas, aunque vivian entre si con la union mas estrecha, y hacian profesion de amarse los unos á los otros con el mas tierno amor. Las nuevas órdenes religiosas que se habian establecido en el siglo XIII., tenian por objeto mostrar con exemplos vivos y multiplicados, que los católicos en medio de la corrupcion de que se les acusaba, eran capaces de los mayores sacrificios; que podrán vivir renunciando todos los bienes temporales en la pobreza, en la mortificacion de los sentidos, y en los ejercicios mas contrarios á los gustos y á las inclinaciones de la natu-

raleza desreglada. Con esto, pues, tiraban á oponer virtudes sólidas y modestas á la hipocresia fanática y orgullosa de los baldenses, de los albigenes, y otros sectarios de su tiempo: que santo Domingo, san Francisco de Asis y sus imitadores abrazaron un modo de vivir que los distinguió á ellos y á sus discipulos de las antiguas órdenes que subsistian en la Iglesia; y que esta edificada por los exemplos de estos nuevos religiosos, servida y defendida por su zelo, habia consagrado su institucion poniendo en ella el sello de su aprobacion. Vivian baxo una regla uniforme, y el capricho y la voluntad propia no eran sus guias: la obediencia era un freno que los contenia, y prevenia ó reprimia los extravíos: y la fidelidad en practicar públicamente los unos á vista de los otros lo que la regla prescribia á todos, era un punto fijo, un término comun, del qual no se les permitia pasar. Por otra parte tenian superiores y xefes revestidos de diferentes grados de autoridad para gobernarlos, instruirlos, formar sus talentos, discernir sus inclinaciones, dirigir sus pasos en las sendas de la perfeccion, y tornarlos á su deber si se extraviaban de ella. Así que en estas compañías respetables el espíritu del órden presidia todo, todo lo reglaba, y velaba sobre todo el cuerpo y sobre todos los miembros, sin permitir que se mezclase cosa alguna impura ni extraña á las leyes que habian establecido, ni á los principios de la moral evangélica, que eran el fundamento de ella.

Pero no habia lo mismo en otras asociaciones formadas casualmente por el espíritu de singularidad, con el qual no tardó en unirse el espíritu de libertinage con todo lo impuro y monstruoso que hay en él. Sin regla, sin principio, sin objeto razonable, y sin fin útil no podian ménos de parar en la confusion y desareglo. En vano se proponian exceder en la perfeccion á las sociedades aprobadas en la Iglesia, y hacer ostentacion á la vista del mundo de la imagen de una virtud mas desinteresada, mas desprendida de los afectos humanos, y mas enemiga de todo lo que gana la estimacion de los hombres; y así no tardaron en descubrirse y descarnarse. No era menester seguirlos mucho tiempo para descubrir baxo estos aparentes exteriores la corrupcion mas profunda, y la torpeza que no nos atrevemos á pin-

tar con sus verdaderos colores, ni nombrar con el nombre que les conviene. Los begnardos eran del número de aquellos que la historia nos presenta con lineamientos no formados para agrandar á las almas honestas y sólidamente virtuosas. La doctrina que se apropiaban consistia en el único punto siguiente. El christiano, decian ellos, es llamado á la perfeccion: para conducirle á ella ha venido Jesu christo al mundo, ha vivido entre los hombres, les ha dexado sus preceptos y sus exemplos, y los ha exhortado tan poderosamente á seguir sus pasos; así que Jesu-christo es el modelo del christiano, debe imitarle, copiarle en todo, vivir como Jesu-christo ha vivido, y hacer lo que ha hecho. Pero la perfeccion de Jesu-christo como hombre, añaden ellos, tiene su término: la del christiano tambien le tiene, y de él no puede pasar. Quando se ha llegado á este término, se posee la perfeccion del christianismo en su grado mas alto: no se debe esperar mas aumento en mérito ni en virtud: está establecido para siempre en el estado en que estan las almas santas en el cielo; y tiene como ellas el complemento, la estabilidad, la invariabilidad de la perfeccion y de los dones que son sus efectos. Aun se pueden experimentar las necesidades de la naturaleza, como consecuencias necesarias de la constitucion de los cuerpos; pero satisfaciéndolas no se comete pecado, y las acciones corporales de qualquiera especie que sean, no manchan el alma, con tal que esté encerrada estrechamente en los límites de la necesidad, y que los actos á que la solicita la naturaleza, no esten precedidos ni seguidos de ninguno accesorio que mire á otro fin.

Tal era la doctrina de los begnardos acerca de la naturaleza de la perfeccion y de sus efectos, de la qual concluían, que los ayunos, la oracion y los sacramentos &c. son para los imperfectos; pero que estan dispensadas de ellos las almas que han llegado á la perfeccion: que poseyendo todas las virtudes en grado supremo, no tienen otros méritos que adquirir: que no estan obligadas á la observacion de los preceptos de la Iglesia, ni á los ejercicios ordinarios de la piedad christiana: que estando establecidos en un estado de santidad sólida é invariable, y no teniendo mas progresos que hacer, se degradarian, si recurriesen como los demas á la mediacion de Jesu-

christo, si implorasen el socorro de su gracia, si se ocupasen en meditar sus lecciones, su vida, sus sufrimientos; y en fin, que por una consecuencia del estado feliz á que estan elevados, no teniendo que temer mas el fuego de las pasiones, la turbacion de los sentidos, ni las sujeciones de la carne, pueden abandonarse á las inclinaciones y á los institutos naturales, como si su alma estuviera desde entónces separada del cuerpo. Bien se dexa ver á donde va á parar todo esto. En efecto, en la práctica los begnardos llevaban las consecuencias de su abominable doctrina tan adelante como podian llevarlas. Nos hemos extendido algo acerca de estos hereges, por dar á conocer la semejanza que se halla entre ellos y los Quietistas modernos. Sus errores fueron condenados con los de otros muchos sectarios por el Concilio general de Viena en 1212.

La falsa espiritualidad, que es un exceso y un abuso de la verdadera, casi nunca dexó de tener seguidores ocultos ó públicos; y fueron mas comunes en los últimos siglos, desde que habiendo dexado el trabajo de manos los religiosos, particularmente los de las nuevas órdenes, se habian dado á la contemplacion y á la oracion mental. En este ejercicio, por piadoso y saludable que sea, se halla expuesta el alma á ilusiones muy peligrosas, y por desgracia muy comunes. Quando no tiene otras guias que sus propios pensamientos, hay peligro en tomar muchas veces los extravijs de la imaginacion por luces celestiales, sus fantasías por realidades, y la turbacion de las potencias interiores, causadas del cerebro, por impresiones inmediatas del Espiritu Divino. Es verdad que para conducir las almas por este camino lleno de escollos, se han inventado métodos, y prescrito reglas, por cuyo medio se ha creído asegurar de los peligros y de las caidas á los que los siguen, dándoles máximas generales para conducirse, fundamentos para sostenerse, y señalándoles ciertos puntos fijos destinados á volverlos al camino verdadero quando se descarrían. Pero ademas de que estos métodos sirven solo para los principiantes, y de que no se dignan de servirse de ellos quando se hallan con bastantes progresos para proseguir libremente y sin pena, y aun mas quando han llegado á la contemplacion sublime; estos métodos mismos que reducen la oracion á arte,

que hacen de ella una ciencia penosa y un noviciado largo, tienen sus inconvenientes, entre otros el de persuadir á los fieles á ponerlos en práctica, adherirse á ellos escrupulosamente, creyendo que por esto solo se hicieron muy perfectos y muy agradables á Dios, dexando de hacer lo que deben á su estado, á sus obligaciones, al próximo y á sí mismo. Lo cierto es que en los siglos felices de la Iglesia, en aquellos tiempos dichosos, que fueron los tiempos de la fortaleza y de la luz, los santos que mas honor hicieron al christianismo, y los solitarios mas perfectos no conocian ni las reglas ni el language de la mística moderna. Cantaban ó recitaban salmos: meditaban las santas Escrituras, y particularmenté el Evangelio: llenábanse de las máximas saludables y de las lecciones divinas que hallaban en ellas para el uso y arreglo de su conducta, para domar sus pasiones, para afirmarse en la práctica de las virtudes christianas, para santificar su espíritu con la verdad, su corazón con la caridad, y sus sentidos con la mortificación: se detenian en los pasages que les hacian mas vivas y mas profundas impresiones: pasaban despues á otras reflexiones sin cansarse en penetrar sus discursos, ni apurarse en hacer la análisis de sus efectos. De este modo la oracion de estas almas tan puras, y tan desprendidas de la tierra, no se diferenciaba de la de los demas christianos metidos en los diferentes estados de la sociedad, sino en tener mas perseverancia y fervor. Es, pues, una razon muy grande contra la nueva mística el haber sido desconocida de la mas sana y respetable antigüedad el haber introducido ideas, máximas, y un language de que no se halla vestigio alguno en los escritos de los padres y de los ascéticos mas célebres, y aun todavia mas el haber sido para un crecido número de almas engañadas un manantial de ilusiones y de extravios.

No por eso se debe concluir de estas observaciones, que qualquiera mística es falsa ó peligrosa, y que no hay una espiritualidad sólida, pura é infinitamente saludable, cuyos caminos no esten patentes á todo el mundo; porque las almas que se consagran á una vida toda interior, y oculta toda en Dios por el hábito que contraen de poner una barrera entre ellas y las cosas exteriores, de reconcentrarse en sí mismas, de aplicarse fuertemente

á los objetos puramente intelectuales; se abstraen quanto es posible al imperio de los sentidos. En el fervor de sus meditaciones, y su comunicacion con Dios reciben luces tan vivas, y experimentan efectos tan extraordinarios, que no se pueden atribuir sino á una operacion secreta é inefable del Espíritu Santo sobre ellas. Los estados á que se han elevado, y las mociones que pasan por ellas en estos momentos preciosos, tienen alguna cosa tan alta, y tan difícil de explicar por las reglas comunes; que es menester reconocer necesariamente en ella la influencia de una causa divina y sobrehumana que las produce. Este es el juicio que ha hecho la Iglesia de ella, poniendo en el número de los santos las Brigidas, las Catalinas de Sena, las Magdalenas de Pazzis, las Teresas, los Juanes de la Cruz, y los Franciscos de Sales. Mas observamos que la Iglesia dirigida siempre por el Espíritu de Sabiduria que la alumbraba y la conduce, al coronar las virtudes de estos piadosos contemplativos, no da á sus hijos por modelos los dones extraordinarios que han recibido, ni el género de oracion que han practicado; sino en la fidelidad, en el fervor con que estaban animados, especialmente en la pureza de intencion, en la sencillez del corazón, y en la humildad con que cumplieron con las obligaciones ordinarias de la piedad christiana, y con la de su vocacion particular. Estas almas privilegiadas confesaron ellas mismas, y no confundieron jamas los favores especiales que recibian del cielo con la verdadera santidad. Los tiempos en que Dios se mostraba mas liberal con ellas, fueron siempre aquellos en que desconfiaban mas de sí mismas, y estaban mas prevenidas contra las seducciones del amor propio y de la soberbia. Y así se han visto reservarse otro tanto mas en revelar las cosas que se operaban en ellas, quanto estas cosas eran mas admirables, y no las han revelado jamas sino con repugnancia, y por obediencia á los mandatos de los que las conducian, y únicamente por glorificar á Dios que se las hacia conocer.

Lo que ocasiona la mayor dificultad en esta materia es, que para expresar los místicos los secretos de la vida interior tienen un language que les es propio, y que los verdaderos y falsos espirituales usan igualmente de este language. En los escritos de Gerson, de Rusbroc,

Siglo XVII. Juan de Taulero, y aun mas en los de santa Teresa, de san Juan de la Cruz, y del Venerable Ávila, se hallan expresiones animosas y particulares, que tomadas á la letra y en rigor ofrecen un sentido, á que la sana teología halla muchas restricciones que poner para hacerlas exactas, y reducirlas á la puntualidad del lenguaje ordinario de la fe. Las ideas y los afectos que corresponden á estas expresiones, los fines y los deseos que ellas representan, parecen todavía mas extraños á los que no saben apreciarlas segun su justo valor. Quando se abren las obras de todos los místicos antiguos y modernos, sin distincion de los que la Iglesia venera, y de los que desprecia, se hallarán en ellos poco mas ó ménos unas mismas cosas. Un reposo en Dios, que excluye otro pensamiento qualquiera, y suspende todas las acciones del alma; un amor de Dios tan generoso y desinteresado, que lo renuncia todo, y no está tocado del deseo de las recompensas; ni del temor de los castigos; una vista de Dios tan firme y tan apacible, que obliga á no ver otro qualquiera objeto, y pone el alma en un estado poco diferente de aquel de que se goza en el cielo; una union tan estrecha con Dios, que le pone como presente, de un modo sensible, cuya presencia embarga todas las potencias del alma; un abandono absoluto en Dios, en que no se conocen ya los bienes ni los males, y en que se renuncia todo, asi para el estado presente, como para la vida futura, y en que se vienen á perder todas las ideas y todos los deseos relativos á su propia salvacion &c.: todo esto es un ligero bosquejo de lo que se lee á cada página en todos los libros en que se hallan los misterios de la alta espiritualidad, no diremos explicados, sino expresados, porque los místicos no explican nada: pintan, y sus colores son tan vivos, su toque tan elevado, su pincel tan valiente y tan acalorado, que el entusiasmo de los poetas mas inflamados no iguala á aquel de que parece estan penetrados. Y si todo esto se halla igualmente en las obras de los verdaderos y falsos contemplativos, ¿cómo se han de distinguir baxo unas mismas expresiones, con un mismo lenguaje, y un mismo fondo de doctrina, aquellos que pueden seguirse como guías seguras, de los que nos llevan á un camino de error y de ilusion? A la sombra de

Siglo XVII. esta semejanza han engañado por algun tiempo los pretendidos espirituales del siglo XVII, y en los anteriores, y han adquirido en el mundo la estimacion que no merecian; pero los triunfos del error son pasajeros. La Iglesia, depositaria de la verdad, disierne al cabo á los doctores que la enseñan en toda su pureza, de los que la alteran ó la corrompen por una mezcla artificiosa de doctrinas extrañas, por engañoso que sea á primera vista el exterior con que estos procuran disfrazarse: y entónces arranca con su mano y despedaza el velo de la impostura, y su juicio fixa para siempre los espíritus sobre los principios que se deben admitir, y los que se deben despreciar: y esto es lo que se ha visto sin interrupcion de edad en edad en la historia de todas las heregias de que hemos hablado, y esto es tambien lo que se ha visto en el siglo XVII. en el negocio del quietismo.

A eso del año de 1575 se descubrió en España una secta de falsos espirituales, á quien daban el nombre de alambrados, los cuales hicieron mucho ruido en Córdoba y sus cercanias, en donde dogmatizaban con un atrevimiento que no es comun en los países de inquisicion, cuya vigilancia no bastó para impedirles el trabajar sin temor de hacer prosélitos. No obstante, fueron presos los xefes, y los inquisidores, á quien parecia que insultaban, los hicieron perecer en los suplicios, con lo que se dispersó la secta, y se creyó enteramente destruida. Pero habiéndose vuelto á ver en Sevilla estos entusiastas en el siglo siguiente, hacia el año de 1625, y teniendo por xefes á Juan de Villalpando, sacerdote, natural de la isla de Tenerife, una de las Canarias, y una Carmelita, nombrada Catalina de Jesus, renovaron los errores de los bernardos, añadiéndoles otros nuevos. Se halla un extracto en el edicto del perdon que hizo publicar el Tribunal de la Inquisicion con el fin de atraer á estos mismos hereges con la promesa del perdon á los que se convirtiesen. Por las proposiciones erróneas que se les atribuyen en este extracto, se ve que enseñaban entre otras cosas, que la oracion mental es de precepto divino, y que con ella sola se cumple toda la ley, de suerte que no hay mas necesidad de buenas obras ni sacramentos: que los siervos de Dios no deben trabajar, porque el trabajo impide la oracion: que los

Siglo ayunos y la abstinencia son incompatibles con la oración, porque ella por sí misma enflaquece con el ejercicio del espíritu las fuerzas del cuerpo: y que por consiguiente es menester que los espirituales esten robustos para estar en mejor estado de vacar á la oracion: y que ella es un estado de perfeccion en que se ve claramente á Dios como en el cielo: y que las almas que llegaron á este estado, no pueden ya decaer de él: que todo les está permitido á los perfectos: y que no hay cosa impura para ellos: y que las acciones prohibidas á los demas, les son meritorias quando se entregan á ellas.

Al mismo tiempo, poco mas ó ménos, se descubrió en Francia una secta naciente de fanáticos, bastante semejantes por su doctrina y por sus costumbres á los alumbrados de España, de quienes probablemente tenían su origen. Aparecieron en Picardia, provincia cercana á los Países Baxos españoles, en donde habian entrado los alumbrados. La cabeza de estos era un cura de san Gregorio de Roya, llamado Pedro Guérin, del qual tomaron el nombre de guérinetos, por el qual fueron conocidos. Entre otras extravagancias publicaban que ántes de ellos se habia ignorado en la Iglesia el verdadero sentido del símbolo de los apóstoles, y el verdadero modo de poner en práctica el Evangelio: que todos los padres, todos los doctores, y los apóstoles mismos no habian sabido en qué consiste la devocion sólida, y la perfeccion del christianismo: que Dios habia enseñado á uno de ellos, llamado el Hermano Antonio, una práctica fácil ó medio, por el qual se podia llegar en poco tiempo al mismo grado de perfeccion y de gloria que la santa Virgen: y añadan que ántes que pasasen diez años, su doctrina sería recibida universalmente en el mundo, y que entónces no habria mas necesidad de obispos, de presbiteros, de religiosos, ni de sacrificio, ni sacramentos. Pero ellos se engañaron mucho, porque su prediccion no se cumplió, y bastó un solo año para destruirlos; pues descubiertos en 1634, ya no existían en el de 1635, en fuerza de las órdenes rigurosas que Luis XIII. dió contra ellos, y de la vigilancia con que se executaron.

Estas diferentes partidas de visionarios eran los precursors de los quietistas modernos, cuyos errores fue-

ron tan públicos en Roma y en Francia á fines del siglo XVII. Fué su patriarca Miguel de Molinos, que nació en la diócesis de Zaragoza en 1627, y quando llegó al sacerdocio se dedicó á la direccion de las almas, y no tardó en adquirir una grande reputacion por el talento que se le reconoció para esta parte del santo ministerio. Su vida retirada, su exterior mortificado, su zelo que parecia puro y sin interes, un tono devoto y carioso, un lenguaje dulce é insinuante, que no respiraba sino piedad, le atraxeron la confianza de todos los que se sentían inclinados á Dios, y deseaban hacer progresos en el camino de la salvacion. Si hemos de hacer juicio de Molinos por todas las qualidades que se observaban en él, nadie dudaba que no fuese un hombre de bien, y una guia muy ilustrada en la conducta de las almas.

Ya era muy célebre en España, quando pasó á Roma con el fin de establecerse allí. No se sabe justamente el motivo que le movió á dexar su patria, en donde no se ve que hubiese probado disgusto alguno de aquellos que obligan á los hombres á mudar de mansion. Puede ser que no tuviese otra razon para establecer su domicilio en la capital del mundo christiano, que el deseo de ganar mas brillante reputacion, dexándose ver en un teatro mas vasto, y de adquirir mayor número de discipulos, especialmente entre las personas de distincion, por cuyas opiniones y dictámenes se gobierna casi siempre la multitud. Se sabe que este género de ambicion es ordinariamente la pasion dominante de los que proponen doctrinas nuevas y singulares: si ésta fué la de Molinos, es la señal de la semejanza que tuvo con todas las cabezas de partido que le habian precedido. Las mismas qualidades que le habian hecho tan recomendable en España, le dieron bien pronto en Roma la misma celebridad. Iban á mandas á ponerse baxo su direccion: deseaban oírle hablar de las cosas de Dios, y se volvian llenos de estimacion por su virtud, de admiracion de sus luces, y alentados á un deseo mas vivo de entrar baxo su conducta en el camino de la perfeccion. En poco tiempo tuvo por amigos y protectores una parte de las personas ilustres por su nacimiento y por sus dignidades, de las que habia en Roma. Habiendo llegado

Molinos á este alto grado de consideracion, no se contentó con insinuar su doctrina por la via de los consejos y exhortaciones; al contrario, para darla un curso mas pronto y mas fácil, la incluyó en una obra escrita en español, con el titulo de Guia Espiritual, y al punto que se publicó este libro, fué recibido con grandes elogios por la reputacion de que ya gozaba el autor. Los amigos de Molinos, los partidarios, los que estaban bajo su direccion, y aun los que sin tenerle por maestro en las cosas espirituales, se vanagloriaban de piadosos, la leyeron con fervor, y tuvieron por mérito el repetir lo que oian que se decia en él. Si se les ha de creer, jamas se habia escrito de un modo mas elevado ni mas profundo acerca de la espiritualidad. La Guia Espiritual bien presto fué traducida en italiano y en latin, para que se extendiese mas su uso: y lo que dispuso al público á recibirla con mas confianza todavia, fué el haberse presentado corroborada con la aprobacion de cinco doctores contados en Roma por los mas hábiles teólogos, y de ellos los quatro eran calificadores de la Inquisicion. Todos estos censores, cuyo testimonio no podia ser sospechoso, se explicaban del modo mas favorable por el libro, y mas honroso para el autor: así que el mérito de los que aprueban una obra, y el juicio favorable que dan de ella, no son siempre fiadores seguros de la doctrina que en ella se enseña. Y quando la Iglesia descubre errores en ella, quando prohibe su lectura, quando condena las proposiciones que llevan el veneno, no es buen racionio el oponer á su decision aprobaciones dadas por hombres sábios, ántes de haberse conocido las malas intenciones de los escritores, y su peligrosa doctrina.

Por el feliz suceso de la Guia Espiritual, no se dexaron engañar aquellos que estaban en mejor estado de apreciar esta obra que el comun de los lectores; porque el ruido que hacia este libro en el mundo, y los pasages chocantes que se citaban de él, para probar que era un libro excelente, excitaron á muchos teólogos á examinarle escrupulosamente, y á penetrar el sentido de las expresiones singulares de que está lleno. En este examen hallaron máximas muy perniciosas, reglas de conducta que se dirigian á poner las almas en la

ilusion, y principios de espiritualidad totalmente opuestos á la moral del Evangelio y á la practica de los santos. Siglo XVII. Á consecuencia de este examen, y de las quejas que comenzaron á levantarse por todas partes contra la doctrina de Molinos, su libro de la Guia Espiritual, y demas escritos suyos fueron delatados en la Inquisicion, cuyo Tribunal recto los examinó jurídicamente con aquel pulso que es conocido, reduciendo su doctrina á sesenta y ocho proposiciones, y reconociendo que bajo un lenguaje piadoso en la apariencia, enseñaba Molinos un género de espiritualidad capaz de precipitar las almas en los extravios mas deplorables y mas monstruosos: y se juzgó el peligro tanto mayor, quanto estas almas seducidas por una guia falsa, caminaban á su pérdida con mas seguridad, creyendo que eran agradables á Dios, y que se elevaban á la perfeccion mas sublime. Del examen de la doctrina enseñada por Molinos, se pasó á la de sus costumbres, y en ellas se descubrió por una parte el fanatismo mas extravagante, y por otra los mas vergonzosos desórdenes. Acabado este proceso, fueron condenados al fuego todos sus escritos, y las sesenta y ocho proposiciones que se extractaron de ellos fueron declaradas por heréticas, escandalosas, blasfemas, falsas, perniciosas, y contrarias á la doctrina de la Iglesia, y á la pureza de la religion christiana. Despues se obligó al autor á hacer una abjuracion pública de sus errores en la iglesia de Dominicos, llamada la Minerva, en presencia de los cardenales y del pueblo junto, y á este fin se levantó un cadahalso, y se colocó en él á Molinos en hábito de penitente, acompañado de todos los oficiales de la justicia. Unos dicen que se retractó de buena fe, y que dió señales ciertas de penitencia, otros aseguran que en lo interior de su corazon jamas renunció á sus opiniones, ni las condenó exteriormente, sino por evitar un castigo mas riguroso. Sea lo que fuere de esto, despues de la ceremonia de la abjuracion, que se procuró hacer muy pública por desengañar á los que habia seducido este visionario, volvieron á conducirlo á la prision hasta el fin de sus dias, que se alargaron todavia hasta diez años, al fin de los quales murió en el mes de diciembre de 1696. El decreto de la Inquisicion de Roma, que condena los errores de Molinos, es de:

Siglo de septiembre de 1687, y se ha confirmado por una bula XVII. de Inocencio XI. de 19 de noviembre del mismo año, y en él se hallan las sesenta y ocho proposiciones sacadas de los escritos de este novator.

La doctrina de Molinos se reduce á dos puntos, que son el fundamento de ella, y en que consiste todo el peligro. En el primero dice: Hay un estado de perfeccion en que el alma está tan unida á Dios, que se abisma, y como que se aniquila en la contemplacion del Sér divino, sin tener accion alguna, sin hacer ninguna reflexion: y este es el estado á que todos los espirituales deben esforzarse á llegar, y á esto llama la oracion de quietud. En el segundo: El alma habiendo llegado á este estado de perfeccion ó de quietud, está de tal modo libre, y tan independiente de los sentidos y de sus órganos, que ya no cura de lo que pasa en el cuerpo con quien está unida durante su mansion en la tierra; de suerte, que todas las acciones corporales le son extrañas, y no pueden mancharla ni separarla de Dios. Con estos principios erigidos en reglas de conducta, y cubiertos de un especioso exterior de la mas ferviente devocion, ¿en qué horrorosa corrupcion no iria á parar el hombre arrastrado al mal por una inclinacion tan natural y tan fuerte?

Condenados en Roma los libros de Molinos, fueron llevados á Francia, y poco faltó para que en ella hiciesen una heregía que hubiera sido tanto mas peligrosa, quanto la nueva espiritualidad tenia á su favor en la corte y en la capital personas que por su clase, su crédito, su talento, su mérito y otras qualidades, podian adquirirle en pocos años un número infinito de partidarios. Pero por fortuna estas personas tenían un corazon recto, unas intenciones puras, y aquella docilidad de indole que cede á la voz de la Iglesia tan pronto como se dexa oír. No hablaremos aquí de todas las obras mas ó menos conocidas que se han publicado como á porfia sobre las materias espirituales, ni de todos los autores cuya pluma las produjo, porque uno y otro está al presente en un mismo olvido. Si se conservan todavia hoy los escritos que entónces corrieron con la mayor estimacion, no se les mira sino como monumentos históricos, y testimonios que se consultan para hacer noto-

rios los hechos que no han perdido todo su valor, por- Siglo que sirven para la historia del espíritu humano. XVII.

En este grande número de obras de espiritualidad, que todos tenían la curiosidad de conocer en el tiempo en que la mayor parte de los ánimos se habían hecho de aquel partido, los que hicieron mas impresion fueron compuestos por una muger célebre por las gracias de su estilo, por las agitaciones de su vida, por el interes que inspiró á las personas mas ilustres de su tiempo, y por las desgracias que fueron el fruto de la reputacion brillante que se había adquirido en el numeroso concurso de todos los mas grandes y mas estimados que había en la corte de Luis XIV. Esta era Madama Guyon, que había nacido en Montargis de padres nobles y distinguidos en su provincia, por el mes de abril de 1648, y se llamaba Juana Maria Bouvier de la Mota. Habianla casado muy joven con Guyon, hijo del que proyectó el canal de Briare, gentilhombre, que tenia una estimacion general, y poseía muchos bienes: Despues de quatro años de matrimonio quedó viuda en la edad de veinte y dos años, con tres niños, los dos varones, y una hembra. Siendo joven, rica, hermosa, y de un trato dulce, y juntado á estas partes todos los adornos exteriores, y todas las qualidades del ánimo y del corazon que se pueden desear en una persona de su clase, hubiera podido pensar en formar nuevo enlace; pero se negó constantemente á todas las conveniencias que se le presentaron, por consagrarse únicamente á la educacion de sus hijos, y á los ejercicios de piedad á que estaba fuertemente inclinada algunos años há. *Al siguiente ob*

A poco tiempo despues de la muerte de su marido hizo un viage á Paris para sus cosas: y durante su mansion en esta ciudad tuvo ocasion de conocer al Señor Juan de Aranton de Alex, obispo de Ginebra, y quarto sucesor de san Francisco de Sales, cuyo zelo y demas virtudes imitaba. Este prelado persuadió á Madama Guyon á que se retirase en su diócesis para trabajar con otras señoras piadosas en la instruccion de las nuevas católicas en el país de Gex. El obispo había combatido el calvinismo con tanta felicidad, que hizo demoler veinte y tres templos, y por eso fué el apostol de este canton como san Francisco de Sales lo había sido de

Siglo XVII. Chablais. Antes de pasar á Gex Madama Guyon se habia deshecho de todos sus bienes en favor de sus hijos, reservando para sí una renta moderada. Quando se estableció en la comunidad, formada por el señor obispo de Ginebra, se le propuso que tomase el gobierno de ella con el título de superiora, y renunciase á la casa la poca renta que le quedaba; pero temió ligarse con mucha estrechez, y que se adquiriria quæstiones accediendo á estas dos proposiciones, y por otra parte no eran de su gusto las reglas de la nueva comunidad. Salió, pues, de ella, y se retiró á las Ursolinas de Tolón, á quienes edificó con el amor al retiro, y con la oración. Al cabo de algun tiempo dexó tambien esta casa para ir á la de una de sus amigas en Grenoble, y despues á Berceill, adonde la habia convidado muchas veces que fuese el obispo de allí Juan Agustín Ripa, que hacia una particular estimacion de ella. Fué acompañada casi siempre en sus diferentes jornadas por el Padre Lacombe, Barnabita, con quien habia estado unida muy estrechamente durante el tiempo que habia estado entre las nuevas católicas de Gex, de quien era el director. Madama Guyon se habia puesto baxo la direccion de este religioso, y que juntaba á las luces superiores en las ciencias humanas un conocimiento profundo de la ciencia de los santos. El ayre de Berceill, que es espeso, y cargado de vapores, no convenia al temperamento de Madama Guyon, que era vivo, y lleno de fuego, por lo qual la aconsejaron los médicos que se volviese á Francia. Partió, pues, para irse á Paris en 1687, llevando consigo la estimacion del obispo y de todas las personas respetables que la habian conocido.

Durante el tiempo de los seis años que habia pasado en las diversas partes que hemos referido, compuso muchos escritos en que expresó sus ideas y su sentir acerca de los diferentes estados de la vida espiritual, con aquellas expresiones vivas que salen del corazon, y parecen poco medidas quando se examinan á sangre fria, y se pesan con rigor teológico. Estas obras que no estaban hechas para el público, fueron comunicadas á muchas personas, y se hicieron de ellas muchas copias, que anduvieron de mano en mano. Dos de ellas se imprimieron, la una en Grenoble en 1685 con este título: *Me-*

do breve y fácil para hacer oracion. La otra en Leon en Siglo 1688, que es: *El Cántico de los Cánticos, interpretado segun el sentido mistico*; á que precede otro escrito intitulado: *La representacion de los caminos interiores*. El Padre Lacombe habia publicado tambien en 1686 una obra sobre los mismos asuntos, intitulada: *Análisis de la oracion mental*. Es probable que estas obras, de que no se daban por satisfechos los ingenios rígidos, que en todo quieren la exactitud, hubiesen comenzado á extender grandes preocupaciones contra Madama Guyon. Lo cierto es, que quando estaba en viage para ir á Paris, se habian escrito contra ella cartas llenas de las acusaciones mas graves; de suerte, que casi al tiempo de su arribo la arrestaron, y la conduxeron al monasterio de la Visitacion de la calle de san Antonio, en donde por espacio de ocho meses que estubo allí, la examinó muchas veces el arzobispo de Paris Harlai por sí mismo y por medio de su vicario acerca de sus escritos, sus viages, sus conexiones y su conducta, y jamas descubrió este prelado en ella sino mucho candor é inocencia con mucha devocion. Habiendo dado las deposiciones mas favorables á su favor la superiora y las religiosas enamoradas de su duitura, y edificadas con sus discursos y exemplos, se interesó con el rey Madama de Maintenon, y la mandó poner en libertad. De este modo las calumnias con que habian procurado denigrarla, y su detencion en el convento de la Visitacion le atraxeron la proteccion de la persona mas poderosa y mas respetada que habia en el reyno despues del rey.

Mucho tiempo habia que Madama Guyon conocia á Madama la duquesa de Betune, señora de un talento fino y de una devocion sólida, á quien obsequiaban quantas personas habia entónces en la corte y en la ciudad recomendables en los dos sexos por las mismas qualidades. Entónces Madama Guyon se estrechó muchísimo con el duque de Chevreuse, con el de Beauvilliers, y sobre todo con el señor abate de Fenelon, preceptor entónces del duque de Borgofia, nieto de Luis XIV., y despues arzobispo de Cambrai. Admitida en esta compañía escogida, la miraron y escucharon siempre con gusto y con placer, digamos tambien con edificacion, y bien presto inspiró, aunque sin pretenderlo, á todos

los que la componian, aquella estimacion, aquella inclinacion y aquella pasion tierna, de que nadie podia libertarse, quando se comunicaba con ella. Pero una cierta semejanza de espíritu, de caracter y de juicio, dió motivo á que entre ella y el señor Fenelon se originase una amistad muy estrecha, y una union intima, que fueron el principio de sus desgracias, y de que estas desgracias comunes se añasasen mas. Fenelon, aquel hombre de una alma tan noble, tan honesta, de un corazon tan recto y justo, cuyo nombre solo recuerda todas las prendas del entendimiento, unidas á todos los encantos de la virtud, aplaudia las ideas grandes y nobles que Madama Guyon habia formado de Dios, y aplaudia aun mas los tiernos y generosos afectos de su amor para con el Sér infinitamente amable. Aprobaba que no le amase sino por él mismo, que no considerase en él sino sus perfecciones, y que desterrase qualquiera mira de interes, que pudiese alterar la pureza de un amor tan santo: aprobaba que en la contemplacion se olvidase á sí misma, y se perdiese de vista para emplearse en Dios solamente: que este grande objeto fuese para ella todas las cosas, y llenase todas las potencias de su alma: aprobaba, en fin, que su amor hubiese llegado á punto de no tener necesidad de pensar en las recompensas, ni apoyarse en la esperanza de los beneficios para sostenerse; esto es decir, que alababa, que admiraba en su amiga las virtudes sublimes, y las afecciones purificadas que hallaba en sí mismo.

Entretanto iba esparciéndose una voz sorda de que los errores de Molinos habian penetrado en Francia, que hacian cada dia progresos considerables, que ya un gran número de personas estaban infestados con ellos, y que si no se ponía remedio al mal en su principio, bien pronto se veria descubrirse en lo interior del reyno una secta nueva de quietistas, que seria acaso imposible extirpar. Se pintaban los partidarios de esta heregia con los colores mas horribros: se les atribuía una doctrina detestable, y una corrupcion de costumbres tan horrible, que llegaba á ser mas torpe que las abominaciones viciadas en las sectas mas impuras: y para aumentar la alarma añadian, que la corte estaba llena de ella. Los que hacian correr este rumor extraño tenian el

mayor interes en desacreditarle, para que recayese sobre otros la atencion del gobierno, de los obispos, de los teólogos, y del público, de quienes ellos eran el objeto mucho tiempo hacia. Tiraban á distraer, excitando con esto la vigilancia de los pastores, ofreciendo á su zelo una ocasion nueva de ejercitarse, y para conseguirlo, gritaban mas alto que otros contra el quietismo y sus perniciosos sequaces. Luis XIV. que habia roto sus vinculos antiguos, y que era mas religioso de lo que habia sido jamas, quedó sobresaltado de lo que oía decir. Madama de Maintenon, aquella muger asombrosa, que despues de haber pasado por las pruebas mas duras de necesidad y de humillacion, habia llegado á una elevacion tal, que no le faltaba sino el nombre de reyna, tuvo parte en las inquietudes del rey. En los mismos afectos entraron muchos prelados, y Bossuet, obispo de Meaux, á quien sus cohermanos miraban, con razon, como al teólogo mas sábio que hubiese en la Iglesia, aplaudió mas que los otros el zelo que el rey mostraba contra la heregia oculta, de que hablaban todos de un modo que hacian temer las consecuencias que podia tener. Era para este prelado, tan célebre ya por tantas obras inmortales, una nueva ocasion ésta de manifestar su profunda sabiduria, y añadir á la gloria de los laureles que habia recogido combatiendo contra los protestantes, la de destruir el quietismo proscrito en Roma, que se reproducia en Francia baxo una forma mas seductora, y por consiguiente mas peligrosa.

No pudieron inquietar el ánimo del rey, de Madama de Maintenon, de los obispos, y de otras muchísimas personas, sin hacer sospechosa á Madama Guyon, cuyas dos obras impresas andaban en manos de todos. Viendo sus amigos la tempestad que se formaba contra ella, y temiendo que se extendiese al señor Fenelon, quien por ser admirado de muchos, era envidiado de algunos, dispusieron en su favor una memoria que querian presentar al rey; pero ella no aprobó este paso por no comprometer á los que mas estimaba; y así, mas quiso ponerse baxo la conducta del señor Bossuet, confiarle todos sus escritos, y retirarse baxo su inspeccion en una comunidad de su ciudad episcopal, á fin de que pudiese conocerla por sí mismo, y pedir al rey co-

misarios para examinar sus obras. No habia cosa mas conforme al órden que esta conducta, ni mas propia para convencer á las personas sin preocupacion que Madama Guyon: no estaba adicta á sus ideas, ni era presuntuosa, ni obstinada, como se decia, ni buscaba mas que la verdad, y que era un alma simple y dócil, que en las cosas de fe conocia el precio y la necesidad de la sumision.

El señor Bossuet llevó á su diócesis todo lo que Madama Guyon le habia remitido: y en el espacio de tres meses examinó estos diferentes escritos con todo el cuidado que podia: hizo extractos de ellos, y agregó sus observaciones en los pasages que no le parecían bastante claros, ni bastante correctos. Y entretanto que seguia de cerca á Madama Guyon, la qual se habia encerrado voluntariamente en el convento de monjas de la Visitacion de Meaux, la visitaba muchas veces, la escribía y recibía sus cartas: en una palabra, hacía todo lo que su zelo y prudencia le sugerian, por conocer á fondo los pensamientos de esta señora, y su práctica con relacion á la vida interior, en que se habia exercitado toda su vida. En todo el tiempo que duró este examen no cesó Madama Guyon de dar al señor Bossuet en sus conversaciones y en sus cartas testimonios de confianza, de modestia, y de docilidad, tres cosas que eran una prueba evidente de la rectitud de su corazon, y del deseo sincero que tenia de ser ilustrada por aquellos á quienes ella miraba como maestros suyos en órden á la fe.

La determinacion que habia tomado pidiendo comisarios, habia sido del gusto del rey y de Madama de Maintenon, y ya S. M. habia nombrado á Bossuet, á Noailles, obispo de Chalons sobre el Marne, y despues arzobispo de Paris, y cardenal, y al señor Trouson, director del seminario de san Sulpicio, con quienes procuró Maintenon de juntar al señor Fenelon. Todo el mundo aprobó esta eleccion, porque era público lo verificado que estaba Fenelon en la lectura de los antiguos místicos, y por otra parte parecia justo que hubiese en la comision alguno que se interesase por Madama Guyon. Estos señores tuvieron sus conferencias en Issi, cerca de Paris, adónde se habia retirado Trouson por su mucha edad y enfermedades. Desde las primeras se-

siones confesó Bossuet que tenia poco conocimiento de las obras místicas, por haber sido siempre el objeto de sus estudios el de los padres y teólogos que habian escrito sobre los dogmas y la controversia, y suplicó á Fenelon, que las habia leído y analizado todas, que comunicase sus extractos á los comisarios; y habiéndose executado así, se entregaron enteramente al trabajo, de que se habian encargado. Se examinaron sucesivamente, y con una madurez suma todos los puntos sobre que pareció necesario insistir para aclarar la materia, discernir la verdadera espiritualidad de la falsa, y dar reglas seguras que pudiesen dirigir por el camino recto á las almas en el exercicio de la via contemplativa, por en medio de los escollos y las ilusiones que las cercan: se examinaron en seguida los escritos de Madama Guyon, y las memorias que habia hecho para poner en claro los lugares que habian disgustado á los comisarios, y justificar su doctrina: se compararon sus expresiones y sus modos de explicarse con aquellos de que se habian servido los autores aprobados, los doctores católicos, y los santos canonizados que habian escrito sobre los mismos asuntos. Los resultados de este examen y de esta comparacion fueron, que aunque Madama Guyon no se habia explicado en todo con el rigor y exactitud de los teólogos escolásticos, y que habia empleado maneras de hablar extraordinarias, excesivas, y poco puntuales, si se tomaban á la letra; no por eso habia dicho cosa que no se hallase en todos los escritores místicos mas autorizados en la Iglesia: que no era reprehensible en su fe ni en sus costumbres, y sobre todo, que estaba libre de las abominaciones de que habian sido acusados Molinos y sus discipulos; pero que sin embargo para mayor seguridad, era menester suprimir sus escritos, y prohibir su lectura.

Los comisarios, y principalmente el señor Bossuet, discurtieron que esto todavía no bastaba, y que era necesario reducir todo lo que concierne á la via contemplativa á algunos artículos concebidos de un modo claro y puntual contra qualquiera equivoco, en los quales se pudiese ver lo que hay cierto y universalmente reconocido como verdadero por los santos doctores y los teólogos católicos, y este fué el último objeto de la comision.

Siglo XVII. Asi lo cumplieron formando treinta y quatro artículos, que son como el compendio de todo lo que los autores mas juiciosos, y de mayor autoridad enseñaron en esta materia; y lo que contienen en substancia es: "Que todo christiano en qualquiera estado está obligado á conservar el exercicio de las virtudes teologales, y de practicar sus actos, de tener la fe explicita de todas las verdades especificadas en el simbolo; de querer, de desear, y pedir á Dios la salvacion eterna; la remision de los pecados, la gracia de no volverlos á cometer, la perseverancia en el bien, el aumento de las virtudes, y fuerza contra las tentaciones; que no se permite al christiano el estar indiferente sobre la salvacion y sobre las cosas que á ella se refieren; que los actos de que se habla no derogan la mas alta perfeccion; que para exercitarse en ella no es necesario esperar una inspiracion particular y actual, bastando para esto la fe con el socorro de la gracia; que en la via contemplativa y en la oracion mas elevada todos estos actos estan comprendidos en la caridad, no porque ésta inutilice á las otras virtudes, y las haga superfluas, sino porque ella las anima y las perfecciona; que las reflexiones de cada uno sobre sí mismo, sobre los actos que produce, sobre lo demas que ha recibido, y sobre el uso que hace de ellos, los practicaron los apóstoles; las almas mas perfectas, y los mayores santos, y que todos deben practicarlos á exemplo de ellos; que las mortificaciones y los exercicios exteriores de penitencia convienen á todos los fieles en qualquiera grado que se hallen, y que muchas veces son tambien necesarias; que la oracion continua no consiste en un solo y perseverante acto sin interrupcion, sino en una disposicion habitual del corazon y de la voluntad de no hacer cosa que desagrede á Dios, y de hacer todo lo que le agrade; que no hay otras tradiciones auténticas, y de una autoridad cierta en el órden de la fe, sino las que estan en todos tiempos recibidas en la Iglesia; que la oracion de la presencia simple de Dios, del reposo en Dios, y las otras oraciones extraordinarias, aun las pasivas, aprobadas por los maestros de la vida espiritual, no pueden ser despreciadas, porque son buenas en sí mismas, y practicadas por muchos

Siglo XVII. santos, pero que sin estas oraciones sublimes se puede llegar á un grado muy alto de santidad; que no se deben excluir de la contemplacion, ni las verdades comunes de la fe, ni los atributos de Dios, ni los misterios de Jesu-christo; que no debe adherirse el estado de perfeccion á tal grado de oracion mas bien que á otro; que es esencial á la perfeccion en la vida presente el poder ir en aumento siempre: y en fin, que los caminos extraordinarios son muy raras, y que como puede extraviarse, ya sea engañándose uno á sí mismo, ya sea dexándose engañar por otros, estan siempre sujetos al exámen de los superiores eclesiásticos."

Para formar los treinta y quatro artículos de que acabamos de hablar, tuvieron ántes los comisarios muchos debates, y para convenirse mucha dificultad; así sobre el fondo de las cosas, como sobre el modo de explicarlas. Cada uno de ellos tenia sobre los puntos que se proponian determinar, principios que le eran propios, y que no se pudieron conciliar hasta despues de largas discusiones; á tanto llegan estas materias, que son sumamente abstractas y difíciles de sujetar al lenguaje comun: habia ocho meses que duraba el trabajo de los comisarios, y todos los que se interesaban en este negocio por diferentes motivos, esperaban el éxito con impaciencia. En fin, se firmaron los artículos en 10 de marzo de 1695: al señor Fenelon le habian nombrado para el arzobispado de Cambray en el mes de febrero precedente, y Bossuet, que le miraba como discípulo suyo, quiso consagrarle para hacer conocer al público la parte que habia tenido en su elevacion, y la union sincera que reynaba entre ellos; bien que las opiniones del uno no fuesen siempre las del otro.

Quando los treinta y quatro artículos de doctrina formados en Issi se presentaron á Madama Guyon por Bossuet, esta señora, que se conservaba en el convento de la Visitacion de Meaux, los firmó sin poner objecion alguna en su defensa, y aun llegó tan adelante su docilidad, que se sujetó á las órdenes de los obispos de Chalons y de Meaux, en las que se inclina la censura de sus libros. Bossuet se tomó la molestia de irle dictando palabra por palabra el acto de submission que le pidió, y todo lo que se le permitió añadir fué decla-

Siglo XVII. rar que no había tenido jamas intencion de avanzar á cosa alguna que fuese contraria al espíritu de la Iglesia católica, haciendo profesion que siempre había estado sometida á ella, y no había cesado jamas de estarlo. No habiendo hallado en ella Bossuet sino disposiciones loables, le dió el 1.º de julio una atestacion, por la qual declaró que estaba satisfecho de su conducta, y la continuaba en el uso de los sacramentos en que la había hallado; que no estaba implicada en manera alguna en las abominaciones de Molinos; ni había consentido en comprenderla en la mencion que había hecho en su carta pastoral acerca del quietismo. La superiora y religiosas de la Visitacion de Meaux le entregaron tambien un certificado, en que reconocian que esta señora, durante el tiempo que había estado en esta casa, no les había dado motivo alguno de inquietud, ántes bien de mucha edificacion: que habían notado en toda su conducta y conversaciones mucha sencillez, humildad, mortificacion, dulzura y paciencia, y que siempre había mostrado mucha estimacion de todo lo concerniente á la fe, y particularmente una tierna devocion al misterio de la encarnacion y á la santa infancia de Jesu-christo. Asegurada Madama Guyon con estos dos importantes escritos, volvió á Paris con ánimo de pasar allí una vida retirada, sin advertir que podia todavía ser alterada la restante con nuevas persecuciones.

En efecto, despues de la feliz conclusion de las conferencias de Isi, y la sumision de la que las había ocasionado, parecia que la calma debía haberse restablecido en todas partes; pero faltaba que los partidarios y contrarios del amor desinteresado estuviesen igualmente contentos con lo que se había hecho hasta entónces, para poner á cubierto por un lado el dogma católico, y por otro la doctrina de los autores espirituales. El obispo de Meaux, que estaba instruido en la de los místicos, y su lenguaje, por medio del trabajo que el arzobispo de Cambray había hecho sobre las obras de estos escritores, se propuso escribir sobre esta materia, y tratarla en toda su extension: entre las prendas de todas especies que este hombre reunia, hay una que poseia en el grado mas alto, por la qual nos parece que se le debe distinguir de todos los escritores célebres que habían vivido ántes

de él; y es el talento raro y precioso de manejar la teología con tanto arte, que sin perder nada de su elevacion los objetos de esta ciencia, se dexan entender de todos los hombres, y los tratados mas sábios ofrecen una lectura aliciente á los fieles de todas clases, talento que no puede corresponder sino á un talento superior, y á un entendimiento profundo, claro y metódico, juntamente con el qual se allanan todas las dificultades, y se facilitan los asuntos mas ingratos y mas rebeldes. Y á esto se atribuye el que las obras polémicas de este sábio prelado contra los protestantes y demas enemigos de la Iglesia atraian con tanto fruto á los teólogos mas hábiles, como al resto de los demas hombres.

La obra que Bossuet meditaba había de ser un tratado completo de teología mística, en el qual proponia considerar esta vasta materia en todas sus relaciones, de manera, que si se hubiera acabado su trabajo, supliria por todo lo que se ha dicho y escrito en todos tiempos acerca de esta materia. Ya había trazado el plan de él, y le dividia en cinco partes; en la primera su fin era exponer los errores de los nuevos místicos, y mostrar en qué había sido censurada su doctrina; en la segunda pensaba establecer los principios de la verdadera oracion; el objeto de la tercera era apreciar la naturaleza y el mérito de las oraciones extraordinarias con que Dios favorece algunas veces á sus siervos, segun las reglas de la fe, y el sentir de los testigos de la tradicion; el designio de la quarta era tratar á fondo las pruebas por donde Dios hace pasar á ciertas almas privilegiadas, y el modo con que estas deben conducirse en un estado que está lleno de escollos; en fin, hubiera explicado en la quinta el sentir de los santos doctores sobre todos los puntos aclarados en las otras partes, y hubiera determinado el verdadero sentido de las expresiones hiperbólicas de que usan los autores espirituales, y de que abusan los nuevos místicos. De las cinco partes de esta grande obra solo tenemos la primera, que es el libro excelente, conocido por el título de *Instruccion sobre los estados de la oracion*, dividido en diez partes, en el qual se halla aquella profundidad de pensamientos, aquella abundancia de doctrina, aquella fuerza de raciocinio y de estilo que caracterizan todo lo que ha compuesto este sábio prelado.

Siglo XVII. Entretanto que Bossuet preparaba este importante tratado, y consagraba á él todos los momentos que le permitian las demas ocupaciones, trabajaba Fenelon por su parte en una obra que tenia un objeto no ménos útil. Era su designio hacer ver que la doctrina de aquellos que se habia pretendido confundir con la de los discípulos de Molinos, no tenia nada de nuevo, nada que alterase ni pudiese poner en riesgo la fe, como habian intentado persuadirlo á muchas personas piadosas que no estaban versadas en estas especies de materias. El obispo de Meaux queria descubrir á los fieles los peligros de la nueva mística; sometiendo la doctrina de sus partidarios al rigor de los principios de la teología mas exácta, y el obispo de Cambray se disponia á justificar á los espirituales, contra quienes se gritaba entónces, las imputaciones odiosas con que algunos se complacian de cargarlos; y mostrar como lo habia hecho en las conferencias de Issi, que las expresiones de los contemplativos de todos los siglos no eran mas mesuradas que las de los escritos de Madama Guyon, y de algunos otros, que les causaban escándalo; que no era necesario tomar en rigor ni estas ni aquellas, y que por mas que se rebatiesen, quedaria todavia en ellas para poder responder: que todos los santos nos han enseñado en sus lecciones y exemplos, que si es menester amar á Dios, como bienhechor, no lo es ménos el amarle como infinitamente perfecto; el amarle por sí mismo, amar todas las cosas por él, y á nuestro sér como imagen suya, desearnos el bien porque somos de Dios, y hallará su gloria en nuestra santificacion, ennoblecere de este modo á la esperanza con la caridad, y desear nuestra felicidad eterna como un estado que debe extender, purificar y consumir en nosotros la caridad. Uno y otro designio era bueno, y podian los dos prelados con su trabajo ser igualmente útiles á la Iglesia.

Quando el señor Bossuet hubo acabado la primera parte de su obra, que es la que tenemos, la envió á Fenelon para que la aprobase, esperando que conseguiria su aprobacion, y que con ella desmentiria las opiniones, por las cuales era patente á todos lo que se habia declarado en las conferencias de Issi, y de que por este medio le impondria una suerte de empeño en no escribir sobre el mismo asunto. En efecto, si el arzobispo de

Cambray se hubiera prestado al proceder que su cohermano esperaba de él, confesaríase vencido, y rendiria las armas, sin poder volver á tomariase con honor, y toda la gloria de esta larga disputa quedaria por el de Meaux. Mas quando Fenelon tuvo examinado el manuscrito de los estados de la oracion, se sintió muy distante de aprobarle; porque vió en él con sentimiento que Bossuet hacia quanto podia para realizar la suposicion de una nueva heregia introducida en Francia, que no se distinguia de la que Roma habia condenado en los escritos de Molinos; que con este fin referia muchos pasages sacados de los libros de Madama Guyon, á los quales daba el sentido mas espantoso, aunque el mismo habia justificado la fe de esta señora por un certificado auténtico: y en fin, que este prelado aseguraba sin restriccion, que en el presente negocio no se trataba de algunas consecuencias distantes, que se desaprobaban, aun quando se abrazaban á los principios, ni de algunos modos de hablar exágerados, que no se pueden reducir á la exáctitud, sino de un sistema unido en todas sus partes, cuyo designio evidente era establecer una indiferencia brutal por la salvacion y por la condenacion, por el vicio y la virtud, un olvido de Dios y de todos los misterios, una innacion estúpida, y una quietud impia. Menos afligido por sí mismo que por sus amigos, de la descripcion que se hacia de ellos, resolvió Fenelon tornar á su obra, y ponerla en estado de publicarse para mostrar al público quán diferente era su doctrina de la que se les atribuia en la instruccion sobre los estados de la oracion.

Por otra parte el designio del arzobispo de Cambray no era otro que el de hacer una explicacion y una declaracion de los treinta y quatro articulos formados en Issi, refiriendo baxo cada uno las opiniones de los autores espirituales, y sus propias palabras; trabajo que hacia algun tiempo que estaba bosquejado, porque dos de los comisarios, Noailles, y Tronson lo habian visto, y nada habian hallado que replicar; pero habiéndole repassado el autor para ponerle en estado de publicarse, no le halló suficiente, y formó un nuevo plan que no se desviaba mucho del primero, en que se habia conservado la idea principal; pero con mas extension y enlace en el órden de las materias, y en las circunstancias. En este nuevo pro-

342 HISTORIA ECLESIASTICA
Siglo yecto reducía Fenelon toda la doctrina de los místicos á un XVII. cierto número de proposiciones generales, y en cada una de ellas consideradas aparte refería las autoridades de los escritores espirituales antiguos y modernos, las que servían de prueba y de comentario á la proposicion; al pie de la qual estaban colocadas, y eran como el texto de ellas. Estando así recopilada esta obra la enseñó á Noailles, á quien le pareció muy larga y muy cargada de pasajes, y le aconsejó á que la acortase mas, cuyo consejo siguió el obispo de Cambray; pero al abreviar y cercenar las autoridades echó á perder su obra, despojándola de lo que hacia toda su fuerza; porque en la forma que él la habia dado antes de cercenarla llevaba en sí la defensa. Era éste un cuerpo de doctrina, compuesto de los mismos textos de los autores místicos, y no se podia combatir sin atreverse al mismo tiempo á los santos de todos tiempos, que eran sus fiadores; pero en el estado en que lo ha puesto, y segun lo tenemos hoy, es un tejido de proposiciones secas y aisladas, sin apoyo de testimonio alguno, cuyas relaciones es difícil comprehender, y no ménos difícil seguir el encadenamiento.

Sea lo que fuere, la obra se comunicó en su nuevo estado á Noailles, que la tuvo tres semanas en su poder, y la examinó con mucho cuidado acompañado de dos grandes teólogos, Beaufort y Piroz muy amigo de Bossuet. Quando se devolvió el manuscrito al arzobispo de Cambray, su ilustre cohermano le notó algunos lugares, que á juicio de los dos teólogos se necesitaban retocar; y sin detencion en su misma presencia mudó el de Cambray todo lo que se le habia señalado, cuya condescendencia y docilidad no podia ser mayor. No obstante, Noailles pretendió algo mas, y era que Fenelon no habia de publicar su obra antes de la de Bossuet: así se lo ofreció, y partiendo para su diócesis, dexó su manuscrito á sus amigos para dirigir la impresion, y les encargó sobre todo, que fuesen fieles en guardar la palabra que él habia dado; si no se guardó como él lo deseaba, esto provino de un cierto conjuato de circunstancias, que sería largo referir aquí, por las quales sus amigos se creyeron autorizados para adelantar el término que les habia prescrito, y así la obra del arzobispo de Cambray se publicó con el título de *Explicacion de las máximas de los santos,*

ADVERTENCIA
343
antes de la del señor Bossuet, de que ya hemos hablado. Siglo

Apénas los amigos de Fenelon habian esparcido algunos ejemplares de su obra; quando se levantó por todas partes un rumor insubordinado contra este prelado, que no debía tener enemigos ni rivales, porque él no era rival ni enemigo de nadie. En un instante se descubrieron una multitud de adversarios, dando todos á un tiempo muchos gritos contra el quietismo y la impiedad: dexáronse llevar contra el libro y contra el autor, repitieron por todas partes que ya no habia duda alguna de que los errores de Molinos no hubiesen hecho en Francia progresos infinitos, ni de que hubiese en el reyno muchos secuaces de este herege, supuesto que un arzobispo francés osaba declararse cabeza de ellos; se alarmaron las almas piadosas, y sincéramente adheridas á la fe, se excitó la malignidad de la gente comun, pintando á Fenelon y sus amigos como visionarios; sublevaron á los teólogos, persuadiéndolos á que la doctrina de la Iglesia estaba combatida en todos sus puntos. Los prelados mas acreditados en la corte hablaban como los demas, por complacer á aquellos á cuyo favor aspiraban. Los cortesanos que tenian envidia al duque de Beauvilliers, al de Chevreuse, y á los demas señores, conocidos por su amistad con el arzobispo de Cambray, temian ser envueltos en la desgracia de su amigo: todo concurrió junto á aumentar la borrasca que se formaba contra este prelado, la piedad, la ciencia, la politica, la envidia, la ambicion, la ignorancia, y aun la misma incredulidad.

El señor Bossuet se puso á la cabeza de sus enemigos, y su zelo, cuya pureza no debia ser sospechosa, fomentaba, sin saberlo él, las pasiones de que no participaba su corazon. Temia por la fe, y aunque estos temores eran muy grandes, aunque le empeñaban en algunas acciones que hubiera sido acaso mejor no ejecutarlas, todo nos obliga á creer que su intencion era recta, y que en la realidad veia las cosas del modo que él las ha representado. Fenelon le reprehendió en un escrito público el haber ido á ponerse á los pies del rey, derretido en lágrimas, y pidiendo perdon á S. M. de no haberle revelado antes el fanatismo de su cohermano. La única razon de creer verdadero este hecho es, que Bossuet no lo ha negado; pero quanto mas impresion hacia este proceder de parte

de un hombre como él, tanto mas se debe concluir que estaba intimamente persuadido á que con la nueva espiritualidad se arriesgaba la fe. El obispo de Chartres, Pablo Godac de Marais, participó de las inquietudes y del zelo del de Meaux: este era un prelado muy ilustrado y muy piadoso, de quien Madama de Maintenon habia hecho confianza, y por consiguiente su voto era de mucho peso en todos los negocios importantes á la religion; así que los contrarios del arzobispo de Cambray nada habian olvidado para atraerle á su partido. Noailles, amigo de Bossuet y de Fenelon, pero aún mas amigo de la paz y de la verdad, sentia ver la division que se hacia entre los prelados de una reputacion tan grande, y el triunfo que sus disputas iban preparando á los enemigos de la Iglesia: y así trabajó quanto pudo en amistarios, manteniéndose neutral mientras tuvo alguna esperanza de unirlos; pero quando se frustraron sus cuidados, y la importancia de la verdad le obligó á declararse contra el arzobispo de Cambray, se observó en toda su conducta que su corazon estaba por él.

El ánimo del rey y de Madama de Maintenon no podian estar mas fuertemente preocupados contra el arzobispo de Cambray: el rey sobre todo manifestaba tanto desprecio como cólera todas las veces que se hablaba en su presencia de esto, porque habia formado una idea horrible del quietismo, y explicaba su indignacion en los términos mas enérgicos, quando se acordaba que habia confiado la educacion de su nieto, destinado al trono despues de él; á un xefe de hereges, á un hombre tan sospechoso en sus costumbres como en su fe: que con estos odiosos colores se le pintaba al preceptor del duque de Borgofia. Estando Luis XIV. con estas disposiciones, y haciéndolas ver en toda ocasion, bien se puede discurrir que Fenelon no fué ménos aborrecido de los cortesanos. Tuvo orden de retirarse á su diócesis, y todos sus parientes y amigos quedaron envueltos en su desgracia. Su augusto alumno se mantuvo siempre tiernamente unido con él, mudándose la diferencia de maestro y de discípulo en dos amigos tales, que se han visto pocos en el mundo tan estrechados el uno con el otro con los nudos mas apretados é inviolables, que estas dos almas hermosas no eran mas que una con unas mismas ideas, con unos mismos

principios y unos mismos afectos; pero este príncipe, cuya memoria es aún tan amada de la nacion, no podia hacer nada por su amigo. Reducido á llorarle en secreto, aguardaba con paciencia el tiempo en que esperaba mostrar á todo el mundo la estimacion y confianza que habia de un sábio, que le habia enseñado á reynar por la justicia y la beneficencia.

Fenelon no habia tenido otro fin que en exponer fielmente la doctrina de los místicos, siguiendo los escritos mas respetados, y creia que habia cumplido con este designio en su libro; Bossuet al contrario, discurría que este prelado, queriendo explicar las máximas de los santos acerca de la vida interior, se habia explicado de un modo que favorecia las ilusiones y los extravíos de los falsos contemplativos; y así se enangrentaron las plumas de estos dos grandes hombres tanto, que se atraxeron la atencion de toda la Francia por el interes que la corte tomaba en ello. Sostuvieron en este combate los dos contrarios el caracter que se les conocia, porque Bossuet manifestó un zelo lleno de vigor y de firmeza, que no conoce los miramientos de la amistad, ni teme jamas ser muy rígido, quando se trata de la importancia de la verdad: en los escritos que publicó durante el curso de esta disputa, hay una lógica apretante, y una elevacion de eloqüencia correspondiente al asunto; pero Fenelon atacado en sus principios teológicos y en su moral, se defendió con armas de temple mas fuerte, pero no ménos temibles por la destreza con que sabia servirse de ellas. Todo lo que ha escrito en favor del amor puro y desinteresado, respira desprendimiento y caridad. A pesar de la sequedad de la materia se admiran en ella aquella amenidad, aquellas gracias chocantes que hacen estimado al escritor, aquel estilo armonioso, fácil y abundante que lo hermosea todo, y aquel modo de persuadir á que hay ménos resistencia, que á los mas fuertes discursos. Pero todas estas obras publicadas por una y otra parte, léjos de conciliar los afectos, y de unir los ánimos, solo sirvieron, como sucede, para levantar otros nublados, y fortificar las dificultades que los dos antagonistas se oponian recíprocamente.

En este estado de las cosas creyó Fenelon que no habia otro camino que tomar, que el de sujetar á la silla

apostólica el juicio de una contestacion que habia sido ya muy perjudicial á la Iglesia con la division en el episcopado, y que podia serlo aún mas en sus funestas conseqüencias; y así pidió al rey el permiso de dirigirse al papa, con la promesa de conformarse absolutamente y sin reserva á su decision. El rey no podia negarse á una súplica tan razonable y tan conforme al buen orden; pero se le negó la libertad de pasar á Roma para defenderse á sí mismo. Enviò dos eclesiásticos de su confianza, que presentaron á los pies del soberano pontífice el homenaje de su respeto, y la seguridad de su perfecta docilidad. Bossuet hizo lo mismo por su parte, y uno de los enviados fué su sobrino el abate Bossuet, obispo despues de Troyes. Los dos prelados les pasaron todos los escritos que creyeron necesarios para informar de este grande negocio.

Conociendo el papa toda la importancia y toda la dificultad de las qüestiones, sobre las cuales habia de pronunciar, confió el exámen preparatorio á diez teólogos, cuyas luces y equidad conocia, los cuales trabajaron casi ocho meses en la discusion de diferentes objetos que abrazaba el libro de las máximas. Despues de este largo trabajo se hallaron divididos en sus opiniones; de manera, que cinco fueron de dictámen que el libro se censurase, y los otros cinco, que su doctrina era ortodoxa: y aun entre los primeros habia diversidad de opiniones, porque unos admitian proposiciones que otros rehusaban. Viendo el papa cada vez mas por esta misma division quán delicada era en sí misma la materia de que se trataba, y por su enlace con otras qüestiones no ménos espinosas, nombró una congregacion de cardenales para rever todo lo que los consultores habian hecho en el primer exámen. Esta congregacion tuvo veinte y una conferencias, y nada decidió; por lo qual formó el papa otra compuesta de los cardenales mas ilustrados del sacro colegio: ésta se juntó cincuenta y dos veces para ventilar y poner en orden las proposiciones censurables: y quando se concluyó este tiempo, se tuvieron todavía mas de treinta conferencias para réglar la forma de la censura, en todo lo qual gastaron diez y ocho meses. Tanto dilación desagradaba á la corte de Francia, que solicitaba con viveza la conclusion de este negocio: acusaban-

á Fenelon del atraso de él, atribuyéndolo á sus artificios y manejo, aunque su caracter y sus principios le hacian el hombre ménos propio de todos para hacer un papel semejante: no querian entrar en que esta lentitud de los teólogos de Roma procedia de la naturaleza misma de las qüestiones sujetas á su exámen, y de las razones que el arzobispo de Cambray producía en los escritos apologeticos que procuraba presentar á los consultores para la defensa de su libro. En fin, se pronunció la sentencia tan esperada por Inocencio XII. el 12 de marzo de 1699 por un decreto en forma de breve, cuya cláusula, *motu proprio*, es tan contraria á las máximas del reyno, como otras expresiones que bastan en Francia para no aceptar los rescriptos de Roma. En él coadena el papa veinte y tres proposiciones extractadas del libro de las máximas, y declara, que así en el sentido propio de los términos, como respecto de la union de ellos con los principios establecidos en el libro, son temerarias, escandalosas, malsonantes, *piarum aurium offensivas*, peligrosas en la práctica, y respectivamente erróneas. Los escritos justificativos del autor no fueron comprendidos en la censura, y aunque se hicieron algunas instancias para empeñar al papa en comprenderlos, no quiso jamas consentir en ello.

Luego que llegó á Francia la decision de la silla pontificia, el arzobispo de Cambray abandonó para siempre todos los pensamientos de defender sus opiniones, y tomó el partido de someterse sin excepcion. Se habia obligado á ello quando invocó el oráculo de la silla apostólica, y cumplió este empeño con una viveza digna de servir de exemplo en todos los siglos, y por eso fué mas gloriosa para él la rendicion de lo que hubiera podido ser su victoria. Dió un edicto muy breve, pero muy enérgico para la aceptacion del breve, y la condenacion de su libro: es breve, porque allí no se trataba de explicar sus pensamientos, sino de hacer constar su docilidad á la voz del primer pastor: y es enérgica, porque en un acto de esta naturaleza debe expresarse en los términos mas claros y mas expresivos con su pueblo; y son como se sigue. «En fin N. S. P. ha condenado el libro intitulado: *Explicacion de las máximas de los santos* con veinte y tres proposiciones que se han extractado de él con

«un breve de id. de marzo. Nos adherimos á este breve,
«muy amados hermanos, así en quanto al texto del libro,
«como en las veinte y tres proposiciones, siempre y ab-
«solutamente, y sin sombra de restricción:” y pocas
líneas despues dice: “Os exhortamos de todo nuestro co-
razon á una sumision sincera y á una docilidad sin re-
serva, temiendo de que se altere insensiblemente la
simplicidad de la obediencia debida á la santa sede,
cuyo exemplo queremos daros mediante la gracia de
Dios hasta el último suspiro de nuestra vida:” y acaba
con estas admirables palabras: “No quiera Dios que
enseñe jamás de mí sino para acordarse, que un pas-
tor ha creído que debía ser mas dócil que la última oveja
del rebaño, y que no ha puesto límite alguno á su
sumision.”

El rey mandó expedir órdenes á los arzobispos del
reyno, de convocar á los prelados de sus provincias pa-
ra la aceptación del breve de Inocencio XII., con lo que
se pusieron en movimiento todos los obispos, y se dió
necesariamente á los fieles una idea muy horrorosa de la
doctrina enseñada en el libro de las máximas. El arzo-
bispo de Cambray tuvo su sinodo como los demas metro-
politanos, con tanta libertad de espíritu, como si no se
tratase de la proscripción de su propia obra; pero padeció
en esta junta de parte de uno de sus sufragáneos ob-
servaciones mas mortificantes que el objeto mismo de ella;
sufriendo los mas injustos baldones con aquella dulzura
y aquella constancia de ánimo, de que no se apartó ja-
mas en la mayor de sus desgracias, y se contentó con
calmar las inquietudes de su cohermano, reiterando las
protestas que habia hecho ya al juicio de la santa sede
de una sumision absoluta y sin reserva, y explicó esta
disposicion en los términos ménos equívocos, y muy pro-
pios para desvanecer qualquiera sospecha; y son: “Os
declaro, dice, en presencia de todos los obispos de su
provincia, os declaro con toda la franqueza de mi co-
razon, que he renunciado con toda mi alma á todo
pensamiento de explicar mi libro, prefiriendo á mis cor-
tas luces la autoridad de la santa sede: soy incapaz de
volver jamás contra su juicio. baxo el pretexto de senti-
do doble para eludir indirectamente mi condenación: si
su Santidad tiene por defectuosa mi sumision, estoy

«pronto á hacerla del modo que la santa silla tuviere por
«conveniente.”

Si hubo en algun tiempo autor condenado por la Igle-
sia, que se haya sometido plena y absolutamente al de-
creto de su sentencia, éste fué el arzobispo de Cambray,
puesto que su sumision excluia toda excepcion y toda ré-
plica. Y sin embargo se suscitaron dudas sobre la sinceri-
dad de su situacion, haciendo sospechosa su conducta
de ser efecto de la disimulacion y de la política, é in-
tentaron persuadirlo á los que estaban edificados con ella,
diciendo, que solo se acomodaba á las circunstancias del
tiempo, previendo otro mas favorable, en que sabria muy
bien relevarse de su desgracia: dudas tan falsas como
injuriosas á un prelado, que era el objeto de ellas,
porque los que procuraban acreditarlas, no conocian bien
su alma y su corazon. Jamas se puso á pensar ni aun por
encima en un tiempo futuro mas feliz en que pudiese vol-
ver á poner en disputa lo que miraba como decidido irre-
vocablemente: jamas ha variado de pensamiento con este
motivo; aunque las disposiciones de la corte se le han
brian hecho ménos contrarias algunos años despues: en
todos tiempos estuvieron perfectamente acordes su cora-
zon y sus palabras. Para convencerse de esto basta refe-
rir lo que ha dicho muchas veces el autor apreciable que
escribió su vida: ésta no es una declaracion hecha para
el público, ni se puede recelar que haya sido dictada por
la necesidad; es sí una conversion libre y sincera de un
amigo que habla á su amigo en aquel punto en que el
alma se muestra tal como ella es: “Mi sumision, dice,
no era un proceder de política, ni un silencio respeto-
so, sino un acto interior de obediencia hecho á Dios
solo, que hablaba en la cabeza de la Iglesia. Siguiendo
los principios de los católicos, he mirado el juicio de
la santa sede y de los obispos como una expresion y un
efecto de la voluntad suprema: no me he detenido en las
pasiones, preocupaciones, ni disputas que precedieron
á mi condenacion: conocí que me hablaba Dios como
á Job, desde en medio de este torbellino, y que me de-
cia: ¿Quién es el que mezcla sentencias con discursos in-
considerados? To lo respondí desde el profundo de mi co-
razon: pues hallé indiscretamente, solo me resta taparme
la boca y callar. Desde entonces dexé los vanos sub-

Siglo XVII. »terfugios de la cuestión de hecho y de derecho, y accep-
»té mi condenacion en toda su extension, sin haber de-
»bido ni querido portarme de otra manera.»

En las tentativas de hacer sospechosa la docilidad de Fenelon, se descubria todo lo que él pudiera decir á exemplo de otros muchos, para debilitar la autoridad del decreto que condenaba la doctrina de su libro, y sin duda se deseaba que lo dixese. ¿Quántos pretextos decian, á lo ménos especiosos, y de qué modo engafioso no les hubiera dado valor un escritor como él? No pudiera alegar la novedad y la dificultad de las cuestiones de que se trataba, que eran abstractas y sutiles, y no se habian tratado jamas á fondo, ni examinado con claridad por teólogo alguno de nombre? ¿No podria acudir á la distincion de sentidos, y poner en paralelo sus proposiciones con las de los autores mas respetables? ¿No podria en fin exclamar sobre la forma del decreto que condena veinte y tres proposiciones sacadas de su libro baxo diversas calificaciones, sin que se pueda distinguir en esta censura indeterminada qué calificacion conviene á cada una? Todo esto han dicho algunos, y el arzobispo de Cambray podria decirlo como ellos, y diciéndolo como ellos, combatir contra su condena, eternizar la disputa, y perseverar en sus opiniones con desprecio de la autoridad legítima que las habia condenado; pero seria ageno de una alma tan recta, y de un corazon tan sincero el recurso despreñable de los eufugios, y de la doblez. En los principios de los católicos, sirviéndonos de las expresiones de este virtuoso prelado, el juicio de la Iglesia es el eco de la voluntad suprema. Todo christiano, en qualquiera graduacion que se halle, debe sacrificarle sus luces y su sensibilidad. Fenelon hizo ambas cosas sin restriccion, y jamas mostró sobre esto ni sentimiento de haber hecho mucho, ni temor de no haber hecho lo bastante.

La envidia que persiguió siempre al mérito, no perdonó tampoco á Bossuet su adversario. Acusaron á Fenelon de artificioso y de falso, acusaron á aquel de envidioso, ambicioso y vengativo; y en muchos papeles que corrieron entónces se imprimió que este prelado no veía sin disgusto la reputacion naciente de Fenelon, el crédito de que gozaba en la corte, la habilidad preciosa que

tenia de ganar los corazones, y sobre todo la tierna inclinacion que le mostraba un príncipe, que por el orden natural no habia de tardar mucho tiempo en subir al trono de Francia. Se suponía, que habiendo solicitado el arzobispado de París despues de la muerte del señor Harlay, habia aspirado al de Cambray, para lo qual habia sido preferido su rival mas dichoso, aunque con títulos ménos sólidos. Añadieron, que no habia podido perdonar al autor de las máximas de los santos, el no haberle querido dar su aprobacion á la instruccion sobre los estados de la oracion, y que habia mirado esta negacion como una injuria: por todos estos motivos creyó la malignidad explicar la verdadera causa del calor extraordinario con que el obispo de Meaux habia procedido contra su hermano. Pero estas imputaciones son muy odiosas para tener el menor fundamento; solo hay una preocupacion ciega que pudo dar motivo al origen de ellas en el tiempo en que los espíritus no habian vuelto todavía de su primera efervescencia, y solamente un deseo determinado de abatir el mérito que las podria hoy adoptar. Bossuet era muy grande y muy religioso para haber tenido los fines baxos, y aun podemos decir criminales, que sus enemigos le han atribuido. Si ahora mismo que las pasiones tan vivas entónces, estan calmadas, que miramos las cosas á sangre fria, hallamos que se ha servido algunas veces de expresiones duras, y acaso amargas, en los escritos que publicó, entre tanto que el calor de la disputa habia subido al grado mas alto de calor; si nos irrita leer, que Madama Guyon se proponia la seduccion de todo el mundo, y que esta Priscila habia encontrado con su Montano (a); no atribuyamos estas expresiones de zelo, sino al extremado horror que tuvo siempre á toda especie de novedad en el órden de la fe, y acordémosnos que los padres usaron de expresiones todavía mas fuertes quando combatian los errores de su siglo. Este zelo y este amor de la verdad, de que el obispo de Meaux estaba animado, le dictó la respuesta que dió á Luis XIV.

(a) De este visionario, cabeza de los Montanistas, fueron discípulos Priscila y Maximilla, y tan apasionadas á su doctrina, que se fingian profetisas para apoyar sus errores y delirios.

352 HISTORIA ECLESIASTICA
Siglo despues de haber juzgado el papa entre él y su adversa-
XVII. rio. *Que variatis vos*, le dice este principe, *si yo hubie-
ra protegido al arzobispo de Cambray? Señor*, respondió
este prelado, *hubiera gritado veinte veces mas alto: quan-
do se defiende la verdad, tarde ó temprano segura está la
victoria.*

Guardémonos, pues, de calumniar á dos grandes hom-
bres, que han contribuido mas que nadie á la gloria del
siglo mas feliz de que se haya hecho mencion en la his-
toria de la nacion francesa, y puede ser que en los an-
ales del mundo entero. Seamos igualmente equitativos, así
con Fenelon, aquel prelado tan estimado de todos los
que le conocieron, cuyo corazon no tuvo otra pasion,
ni otro afecto que el del amor de Dios y el de la virtud,
como con Bossuet, aquel obispo que combatió toda su vida
contra los enemigos de la religion, que salió victorioso de
todos sus combates, y que no tuvo otro interes que el de
la Iglesia y de la verdad. No veamos en estos escritores cé-
lebres dos competidores, que tiran á triunfar el uno del otro
por el deseo de acrecentar su propia gloria, sino á dos sabios,
á dos hombres de bien igualmente adheridos á la anti-
gua tradicion, de los cuales el uno emplea todos los
encantos de una eloquencia dulce y persuasiva para
mostrar que su doctrina no es un error, y el otro to-
da la elevacion de un ingenio fuerte y vigoroso para
deshacer las nubes que rodean la verdad. Cometeria-
mos doble injusticia, si por fines que condenarian uno
y otro, nos atreviésemos á elevar ó abajar á éste á cos-
ta de aquel. Antes bien admirémoslos con una perfec-
ta imparcialidad en lo que tienen de grandes, y so-
bre todo imitémoslos en lo que tienen de imitables para
nosotros, á Bossuet en su zelo constante y generoso
por la pureza de la fe, y á Fenelon en su humil-
de sumision á los juicios de la Iglesia (a).

(a) No debemos dexar en silencio una nueva secta que
omite Ducreux, bien conocida en este siglo por sus extrava-
gancias y rarezas, y es la de los *Qua-Keres ó Temblantes*,
así llamados por la material inteligencia del texto de san Pe-
dro, de que obremos nuestra salud con temor y temblor,
que tuvo principio en Inglaterra en el año de 1655 por Jo-
ge Fox, natural del lugar de Dretou en la provincia de Lel-
cester. Este fanático, que se imaginaba enviado de Dios

GENERAL 353 Siglo
ARTÍCULO XII. XVII.

Personas ilustres por sus virtudes: nuevas congregaciones,
nuevas reformas: diferentes establecimientos
de piedad.

Reunimos baxo un mismo título estos diferentes ob-
jetos, á causa de la relacion que tienen entre sí, y por-
que separándolos, nos veríamos expuestos, ó á omitir ma-
chas cosas importantes en la noticia de personas de uno
y otro sexó, á quienes hicieron célebres sus virtudes, ó
bien á caer en repeticiones y largas dilaciones desagra-
dables y pesadas: dos faltas que se nos censurarian jus-
tamente, y debemos evitar con igual cuidado en todas
las partes de esta obra.

para la reforma del género humano, empezó á esparcir en
Londres sus sueños con título de revelaciones, en que dice
que ninguno debe servir á otro; ni usar de urbanidades ó
cortesías en saludarse, ó quitarse el sombrero, y que to-
dos tienen luz suficiente para exponer la Escritura sagrada,
aunque sean mugeres. Pero sin embargo de sus extravagancias,
tuvo muchos sequaces en Inglaterra, Holanda y en
América.

Tampoco debemos omitir el sistema impio y absurdo del
Atheismo, que en el año de 1670 publicó Benito Espinosa,
natural de Amsterdam, y Judío de profesion, en su *Tractatus
Theologicus-Politicus*, y despues apareció con mas ex-
tension en su *Opera postuma*. Sostiene Espinosa, que Dios
no es otra cosa que el universo, que raciocina en los hom-
bres, que siente en los animales, que vegeta en las plantas,
que está inanimado en la tierra, y que no hay sino una
substancia diversamente modificada é infusa en todos sus
sentidos, que Dios obra necesariamente, y que de consi-
guiente la existencia de los seres es necesaria y eterna; y
desecha toda religion y toda revelacion, cuyos errores, aunque
iniquos y opuestos á la misma naturaleza racional, se extendie-
ron, y no faltaron hombres perversos y abominables que los
abrazasen.

Isaac Pereyra, natural de Burdeos, fué autor de la herejía
de los Preadamitas, en que pretende probar dos creaciones de
hombres: pero no tuvo mucho séquito, y el mismo Pereyra ab-
juró sus errores en 1657, echándose á los pies del pontífice
Alexandro VII.